

¿DE QUE MURIO EL ACUSADO?

Antonio Parianos, treinta y ocho años, representante de comercio, uno de los treinta y cinco acusados en el proceso de la red **Defensa Democrática**, acaba de morir en un hospital de Atenas a consecuencia de una enfermedad del corazón y de un cáncer. Parianos había sido hospitalizado poco después de iniciarse el proceso, por lo que su caso hu-

bo de ser juzgado separadamente. La delegación en el extranjero del Frente patriótico pide, mediante un comunicado, que se abra una investigación acerca de la muerte de Parianos. El Frente exige, sobre todo, que sea hecha una autopsia por un forense extranjero, ya que los médicos gubernamentales dieron sobradas pruebas de su parcialidad a lo largo del proceso.

España

PEMÁN Y LOS "VIRUS" DE LA LENGUA CATALANA

En el momento en que se está discutiendo la cuestión, entre nosotros eterna y ya fatigosa, de las llamadas «lenguas vernáculas», que ha provocado algunas manifestaciones verdaderamente trogloditas en boca de personajes prehistóricos, el «fino gaditano» (podría decirse de un delantero centro y, por qué no, de un maestro en el arte de escribir artículos), don José María Pemán, publica en el «ABC» un papel realmente atinado que cumple maravillosamente una función apaciguadora de viejos recelos centralistas. Dice don José María que, a su llegada a la capital de España, desde Cádiz, donde reside: «Me encuentro —otra vez!— el problema del idioma catalán revivido con ocasión de la enseñanza en las escuelas. Pienso que el primer problema del catalán como idioma es este de calificarlo como "problema". Y añade: «En este caso, como en otros muchos, el problema es el modo de manipular una cosa que en sí misma no lo es. El catalán en sí no es un problema, es una evidencia. Lo que ocurre es que las evidencias cobran fisonomía contorsionada de problema cuando son manejadas por los políticos, ¡que esos sí que son problemas!».

El artículo de Pemán es ahora oportunísimo, sobre todo si se piensa que don José María no recluta solamente a sus «fans» entre los grupos sociológicos de mentalidad más abierta. Cuenta entre sus «creyentes» a muchos solapados defensores de la vieja teoría del «Hable usted la lengua del Imperio», esa frase que don José María afirma haber visto en rótulos fijados en las fachadas de la Barcelona de los días siguientes a la entrada de las tropas nacionales.

Cuenta que, pocos días después de la toma de Barcelona, le invitaron «para ser mantenedor de los Jochs Florals, que iban a reanudar la vieja tradición provenzal. La invitación iba acompañada de unas notas en las que se me adelantaba que no admitirían poemas escritos en catalán». Y sigue diciendo: «Contesté excusándome, porque vi claramente que se organizaba un acto "separatista": que de una raya o frontera tanto puede separarse de un lado como de otro, y por una ley de dinámica social, el tirón hacia dentro es correlativo e inseparable del empujón hacia fuera... «Estaba claro que algunos estaban dispuestos a reincidir en la viciosa distribución arbitraria de buenos y malos... Se

redactaba la nueva lista de cosas malas con igual convencionalismo: los partidos, el Parlamento, la Prensa, el idioma catalán. Clasificadas así las cosas, se les aplicaban soluciones absolutistas: enmendándole la plana a Dios, que, por ejemplo, prohíbe el adulterio, pero no prohíbe, curándose en salud, que salgan las mujeres a la calle, que las puertas tengan llavines, que los hombres se suban el cuello del abrigo y otra porción de cosas que in-

dolidas al ver que, como se propone cachear a los viajeros de las líneas de aviación, previendo la piraería aérea, se propongan algunos cachear al catalán por si lleva virus escondidos. No se comprende que estamos ante hechos biológicos que se escapan de las manos... «Todavía son muchos los que escriben preguntando si el catalán o el gallego son lenguas o dialectos. Creen que esta es una jerarquía administrativa que se dic-



«Hablar o leer el catalán es un hecho simplicísimo, se trata de beber un vaso de agua clara»

dudablemente facilitan la consumación del pecado».

El estilo gráfico y rotundo de don José María adquiere toda su dimensión cuando afirma: «Guillotinando al enfermo se cura evidentemente su dolor de cabeza. Prohibiendo aprender o hablar el catalán es seguro que en catalán no se dirá ninguna cosa desagradable o contraria al pensamiento del que hace la prohibición». Las realidades vivas que ensordecedoramente y de manera espontánea acuden en defensa de la lengua catalana —Pemán habla de «los ateneos, los clubs de fútbol, los catedráticos, los teatros de aficionados, las parroquias y los grandes almacenes, la vida en su totalidad espiritual y física»—, todas estas realidades, dice don José María, «se sienten

ta desde fuera. Se es lengua cuando se tiene alojada en sus palabras una gran literatura. Nadie puede votar contra Curros Enríquez, Rosalía de Castro, Verdader, Maragall o Sagarra... «Son muchos los catalanes que, aunque hablen perfectamente el castellano, piensan en catalán». Y advierte, quizá pensando en algunos de sus celibéricos lectores: «No vale dar distinto valor al hecho de pensar en una lengua cuando hay dos, según el enfoque polémico del tema. En Puerto Rico, cada día más, se habla el inglés por personas que piensan en español. Le puede salir el tiro por la culata y herir la Hispanidad al que no valore en el pleito de lo catalán lo que es ser la lengua del pensamiento». ■ LUIS CARANDELL.

El verbo y la serpiente

"Detrás de cada verbo se esconde una serpiente". Es una frase del señor Muñoz Alonso en la comisión de las Cortes que estudia la Ley de Educación. Es una extraña frase. Con la misma solemnidad podía haber afirmado que detrás de cada objetivo se esconde una sardina. O que hay un pinguino oculto tras cada sustantivo. Humilde y sencillo como es, el profesor matizó su invención añadiendo, a la intención de los procuradores, "como ustedes saben". Probablemente, los procuradores no sabían que los verbos podían tener esa calidad de nido de víboras. Probablemente no tenían la experiencia que tiene el señor Muñoz Alonso con las palabras.

Es doble. Por una parte, tiene el rigor de un filósofo. Por otra, el rigor de un censor. Ocupó un alto cargo que, en época de censura, le convertía en aduanero mayor de todas las palabras que se empleaban en el país. Lo ejerció, ciertamente, con la moderación y la benevolencia que permitían las rígidas circunstancias de la época. Pero esas cosas crean hábito, y es probable que en aquel momento el señor Muñoz Alonso aprendiera a tomar miedo a las palabras. Las tijeras de sus funcionarios eran, sin duda, las armas indicadas para perseguir las serpientes ocultas tras los verbos. Si las tijeras debían proceder primero a una defoliación y, para cazar la serpiente, destruían el verbo, ¿quién se atrevería a reprocharlo? En 1874, el caricaturista Gill escribía que "un censor capacitado debe, a primera vista, en-

Los
Contem
pora
neos

contrar en la palabra 'ophicléide' una injuria a la moral". El señor Muñoz Alonso encuentra una serpiente en cada verbo. Está dotado. Sus frases deberían quedar incluidas en una antología que debe hacerse de este largo e interesante es-

tado de la Ley de Educación. Las hay de tono heroico, como la del señor Zaldívar cuando amenazó con retirarse "para que la posteridad sepa que a un procurador libre no le dejan hablar" después de una ibérica muestra de fastidio: "Yo también tengo que aguantar los discursos de los demás". Y todo porque le pidieron que hablase más despacio para que pudiesen seguirle los taquígrafos. Las hay de todo lirico, como la del señor González Álvarez en homenaje a doña Mónica Plaza: "Yo quisiera recoger todos las aires primaverales para que dieran fragancia a las flores que nacen en esta estallante primavera y hacer con ellas ramilletes y ponerlas a los pies de la señorita Mónica Plaza". He aquí una frase que, a pesar de sus verbos, no parece tener serpientes. Si acaso, abejas y mariposas. ■ POZUELO.